

CULTURAL

Un poco de teratología

Something... about teratology

Julia Sumire Umeres ¹

Unas semanas atrás, mientras realizábamos la necropsia de un recién nacido con malformaciones congénitas externas e internas, pude advertir en los estudiantes de medicina que presenciaban el acto médico, miedo y asombro ante aquel pequeño y frágil cuerpo, ya sin vida; lógicamente surgió la primera pregunta: ¿qué es? y después la segunda: ¿por qué?

Es fácil imaginar el asombro y temor que desde tiempos inmemoriales experimentaron hombres y mujeres de todos los continentes, cuando tenían frente a sus ojos, humanos o animales con malformaciones congénitas, ellos también se plantearían la pregunta: ¿qué son estos seres?

Las primeras evidencias de que el hombre tuvo contacto con las malformaciones congénitas datan de la Edad de Piedra; mediante el dibujo, la escultura o las narraciones, el hombre quiso perennizar su asombro frente a estos "seres" que solo podían ser producto de fuerzas sobrenaturales, de dioses o demonios. Así fue como tallaron esculturas en diversos materiales, la más antigua de ellas fue hecha en mármol blanco y representa a una diosa con dos cabezas, fue descubierta por Mellart en Hüyük, al sur de Turquía; pertenece al Neolítico, unos 6500 años a.C. Figura 1. Esculturas similares fueron halladas en tumbas que datan de la época precolombina en México.



Figura 1. Diosa con dos cabezas. 6500 a.C. Turquía

Homero en la *Odisea* describe a Polifemo, un gigante cíclope. Los griegos, amantes de la belleza, embellecieron al "monstruo", le cambiaron la imagen, poniendo la nariz debajo del ojo, en vez de una probólide encima de la línea media de los ojos, las sirenas parecen ser casos de "regresión caudal".

Pero quienes asombran por sus conocimientos de teratología son los babilonios, quienes dejaron en tablas con escritura cuneiforme, una lista de 62 casos teratológicos en humanos que, para ellos, tenían un carácter premonitorio y además enriquecía su concepción de la adivinación. La primera traducción de estas listas la hizo J. Oppert en 1871.

Los babilonios escriben:

- Si una mujer tiene un niño con orejas como las de león, el niño será un rey muy poderoso.
- Si una mujer tiene un niño sin nariz, vendrá la aflicción a nuestro pueblo.

Tanto griegos, egipcios, romanos como babilonios atribuían a las malformaciones congénitas un origen divino, sobrenatural, mágico, mensajes divinos que advertían de catástrofes.

La similitud de algunas malformaciones congénitas con partes de animales hizo posible el concepto de "hibridización" es decir que seres vivos de diferentes especies podían aparearse y tener descendientes con características comunes a ambas especies, así explicaban el parecido de la fisura labiopalatina con la boca de conejo, liebre o camello.

En nuestro país los mochicas perennizaron su asombro frente al labio leporino, en sus huacos- retrato. Figura 2.

¹ Médico Anatómo-patólogo. Servicio de Patología Quirúrgica y Necropsias. Departamento de Anatomía Patológica. Hospital Nacional Guillermo Almenara I.



Figura 2. Fisura labiopalatina huaco Mochica

En el mundo andino son los elementos de la naturaleza, entre ellos el rayo, que al caer cerca de la madre gestante produce la deformidad del nuevo ser.

En la evolución de la humanidad surgieron creencias como la de “la impresión materna”, según la cual si la madre durante su gestación veía algo negativo o deforme o presenciaba un evento traumático, la experiencia negativa influiría en el nuevo ser y produciría malformaciones; así se explicaron casos de osteogénesis imperfecta, argumentándose que por ejemplo que la madre gestante vio un accidente en el cual un hombre era aplastado por una carreta y sufrió varias fracturas en sus extremidades inferiores, por esa razón su niño presentaba fracturas similares al accidentado. En el afán de evitar la presencia de niños con malformaciones, los espartanos aplicaron sus medidas eugénicas; los romanos exponían a los niños deformes, particularmente a los hermafroditas, y los ejecutaban o sacrificaban en tiempos de catástrofe.

Sin embargo, no solo la superstición y el pensamiento mágico religioso dominaron esta época, pues existieron filósofos como el griego Empedoclo (siglo V a.C), quien asumió que las malformaciones congénitas eran producto de segmentación y apareamiento de órganos, combinación y permutación al azar.

Aristóteles conocía bastante sobre teratología, como la ausencia de dedos, la presencia de dedos supernumerarios, ano imperforado, ausencia de vesícula biliar, hizo descripciones de hermafroditismo y pseudohermafroditismo con bastante acierto.

Plinio el Viejo, siglo I a.C, en su libro *Historia Natural* menciona curiosidades teratológicas, refiere que

algunas alteraciones podían transmitirse de generación en generación, aun antes de conocer las leyes mendelianas.

Durante los siglos XV y XVI en Europa se atribuían las malformaciones congénitas a demonios y brujas (Figura 3); enfermedades como la ictiosis, trastorno del desarrollo de los arcos branquiales o faríngeos (orejas puntiagudas) se relacionaban con Satanás, por consiguiente al ser de origen diabólico, se debía ejecutar tanto al niño malformado como a la madre.

El estudio de la embriología cambió el enfoque de las malformaciones congénitas.

El término de “teratología” que hace mención al crecimiento anormal fue utilizado por primera vez por Geoffrey St. Hilaire, en 1832, en su libro *Tratado de Teratología*.

Una de las grandes contribuciones a la comprensión de las malformaciones congénitas fue la de Gregorio Mendel y sus leyes de la herencia, que la dan una explicación genética.

Por consiguiente, la teratología en sus inicios está basada en la superstición y no nos enseña sobre el origen (multifactorial), prevención y tratado de las malformaciones congénitas. La ciencia se encargará de esclarecer y terminar con las supersticiones y los temores mediante el conocimiento. Es importante la consejería genética, pues permite evitar hasta donde puede hacerlo el dolor de la madre cuando tiene un niño con malformaciones congénitas y se pregunta: ¿por qué mi hijo?



Figura 3. Gladiador acondroplásico

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Warkay Joref, MD 1971 Congenital Malformation.